

Luis Herrera Campíns.
Adalid e inspiración republicana

Roberto Enrique Tovar Marrero

Caracas, octubre de 2025

Luis Herrera Campíns. Adalid e inspiración republicana

Preludio

Incólume en decencia tras los avatares del efímero paso de sus habitantes por la primera magistratura, prístina en una calle que pone en evidencia la impronta decadente y abigarrada del quinto lustro del siglo XXI venezolano del cual la capital es -sin que represente motivo de orgullo- referente por antonomasia, receptáculo de experiencias que reflejaron la voluntad de quien amó profundamente su identidad nacional, no es una casa más en una calle de Sebuacán, es la Herrereña. Testigo fiel del esfuerzo de un hombre signado por el poco común afán de incorporar la cultura como medio de acercamiento y no de diferenciación y estratificación entre seres humanos. Epítome de la aspiración de hogar de un padre que fue además forjador egregio de un legado de dignidad, respeto y decencia que da testimonio de su actividad periodística, legislativa y ejecutiva. Esa casa de un blanco puro y de maderas conservadas que se combinan para evocar las reminiscencias coloniales aún preservadas por algunas locaciones de la zona, fue y es la representación de quien salió del poder sin la opulencia deleznable que proyecta un enriquecimiento injustificado bajo cánones profesionales o morales. Ella encarna pasado y presente del deber ser de quien ejerce la política como arte y ciencia del bien común. Esa casa disimulada y taciturna cuyas esporádicas ventanas abiertas dan fe de vida a su interior, ofrece el reservorio simbólico de una historia en la que vale la oportunidad indagar.

Los primeros pasos

Nacido un 4 de mayo de 1925, Luis Antonio Ramón Porfirio Herrera Campíns, fue el menor de tres hermanos de un matrimonio para el que la educación y el mejoramiento constante representó un motivo inagotable. Entre las polvorientas calles de tierra de Acarigua transcurrió su primera década de vida. La escuela Raimundo Andueza Palacios atestiguó sus pasos iniciales en un mundo que le resultó tan natural como fascinante, el de la educación. Curiosamente, este espacio que presencié los albores de su vida académica encerró a su vez una particularidad para el momento inimaginable: en el plantel cuyo nombre homenajeaba al segundo presidente de la República nacido en Portuguesa, iniciaba su formación quien sería el cuarto oriundo de ese estado llanero en ocupar el Ejecutivo nacional.

En Acarigua, los juegos de béisbol, el trabajo tras la escuela y los mandados típicos de un niño que colaboraba en su hogar definieron su rutina hasta que, en 1935, su familia decidió abandonar la capital del municipio Páez para emprender camino hacia el estado Lara, específicamente a la ciudad de Barquisimeto, epicentro educativo de la región (Aveledo, 2012). A partir de ese año, el Colegio La Salle se convirtió en fuente de ideas y núcleo de su formación sociopolítica. Allí confluyó con diversos personajes que harían vida en la política venezolana en el futuro próximo, pero también con una forma de apostolado social que le llevó a aproximarse de manera directa y profunda con las necesidades del país y con las perspectivas de quienes más las padecían. Ese espacio educativo fue a su vez propicio para entrar en contacto con el arte, lenguaje que le apasionó y acompañó durante toda su vida. Entre representaciones teatrales y demás actividades grupales que estimularon el conocimiento de la historia y la cultura, Luis Herrera recibió las primeras oportunidades de conectar con manifestaciones foráneas y con herramientas para vincularse con sus semejantes a través de la palabra, don que para él fue tan representativo como cultivado.

En el marco de la educación recibida tuvo la oportunidad de aspirar y posteriormente ingresar a Vanguardia, movimiento juvenil con el que labró denodadamente las formas iniciales del pensar como sempiterna actividad. En la mentada formación hizo además las veces de Director de Debates (Aveledo, 2012) durante las asambleas semanales en la que las inquietudes y aspiraciones juveniles eran plasmadas entre esbozos parlamentarios, mociones de orden y votaciones sobre tópicos sociales y culturales. Como un estímulo de una impronta inolvidable, esos días ofrecieron a Luis Herrera la noción de responsabilidad para con las personas que le rodeaban y con la esencia de la sociedad como conglomerado humano materializado bajo una aspiración de nación. Conocer para entender, formarse para hacer, fueron motivos que quedaron impregnados en su forma de ser y que guiaron sus pasos permanentemente.

A un lustro de su llegada a la capital larense, acompañando al Centro Científico de La Salle en la Feria Exposición de Barquisimeto de 1940 conoció a Rafael Caldera, quien para entonces era conductor de la Unión Nacional Estudiantil (UNE) (p.23). Esta agrupación de estudiantes fungió como espacio de actividad para los jóvenes venezolanos caracterizándose por su pensamiento católico y sus valores que procuraban la vocación de

justicia social, el respeto a quienes tuviesen ideas diferenciales y la aspiración a la libertad en un marco de orden. Dichos elementos, traducidos a través de la defensa de las instituciones fundamentales de la sociedad, de la voluntad popular electoral y del anticomunismo, fueron la base axiológica de una inquietud que, sin pretender actuar como un partido político, tenía posicionamientos claros tanto frente a las posturas defendidas como a aquellas que contrariaba (pp.22,23). Como parte de un camino casi natural, Luis Herrera pasó a formar parte de la Seccional Lara de la UNE, alcanzando no solo su liderazgo, sino también un estadio de compromiso y maduración común consagrado y expuesto el 12 de febrero de 1946 cuando en su promoción uneista uno de sus compañeros en dicho acto expresó, en relación a tal cohorte, la disciplina, el culto a la patria y el fervor de entregarse a ella a cabalidad asimilados durante sus años de formación (p.28).

Culminada la experiencia educativa en Barquisimeto, Herrera emprende un nuevo viaje, esta vez con destino a la capital. En esa ciudad cautivadora inició sus estudios de Derecho en la Universidad Central de Venezuela, para entonces ubicada en el actual Palacio de las Academias. Allí materializó a su vez sus primeros pasos formales en la actividad política. Y es que durante ese 1946 para el que contaba con 21 años, el joven llanero de oratoria incandescente y de inquietudes profundas y arduamente depuradas, se anotó como uno de los fundadores del Comité de Organización Político Electoral Independiente (COPEI). A los 22 años es electo diputado a la Asamblea Legislativa de Portuguesa, una posición que, si bien reportó una experiencia inicial en la representación política, encarnó un paso tan efímero como el de su formación en la principal casa de estudios universitarios del país, ya que al poco tiempo sería expulsado de Venezuela por el régimen dictatorial imperante.

El exilio

Tras un breve pero inolvidable paso por la Cárcel Modelo a consecuencia de su participación discursiva en un acto en apoyo a un grupo de estudiantes apresados por el gobierno dictatorial de la época, el sábado 9 de julio de 1952, el otrora “acarigüita”, como era conocido durante su primera década, comenzó su travesía por los prolegómenos de una transformación que sentó las bases de su pensar y accionar político. A las diez de la mañana de esa jornada sabatina, partió desde Maiquetía en un vuelo de Panamerican a Barranquilla,

Colombia, estación inicial de su exilio (Aveledo, 2012). Santiago de Compostela, Londres, Roma y Múnich fueron las ciudades que atestiguaron su paso y su transformación. En una confluencia armónica entre los avatares políticos de la época, las necesidades que ellos le plantearon y las aspiraciones y capacidades propias, Luis Herrera desplegó el accionar inherente al hombre político que se enfrenta a las vicisitudes de su tiempo. Allí la escritura, el aprendizaje y el relacionamiento político se convirtieron en oficio. Desde la convulsa realidad política colombiana hasta el fecundo contacto con la impronta artística, política e intelectual europea, fueron experiencias que atizaron su respuesta ante las frustraciones por el precario intercambio con los personeros de su partido que aun en el territorio venezolano intentaban desarrollar una vida política. Si bien para entonces, la intermitente conexión epistolar generó escollos en el entendimiento entre los actores partidistas de COPEI, no es menos cierto que la misma impulsó y afirmó las convicciones democráticas y la determinación de Herrera para fungir como un actor capaz de construir puentes y tejer nuevas rutas para la comprensión y la superación de las diferencias propias de una coyuntura política como la que vivió Venezuela en esa época (pp. 63,64).

Entre los tragos amargos del exilio, Luis Herrera conjugó el aprendizaje formal con una observación activa de los procesos de transformación política que signaron la Europa de aquel momento. En un complejo ciclo de modificaciones, en algunos casos abiertas y pujantes mientras que, en otros, puntuales y transfiguradas, el nacido en el llano venezolano fue testigo de pulsos y manejos que, en el marco de valores que caducaban, formas de gobiernos contrastantes y liderazgos que se renovaban dejando una estela de resultados variopintos, les permitieron aprehender las bases del fenómeno político que signaba su contemporaneidad. Así, los puntales, pero significativos cambios en la dinámica española, fueron el complemento social de la culminación de su titulación como abogado. Durante esos años inmediatos a la Segunda Guerra Mundial, el manejo austero, aunque habilidoso de la política italiana y de sus personeros, la reconstitución de la sociedad británica y las ansias transformadoras alemanas y francesas de cambio, progreso y reconstrucción, revelaron a un hombre ávido de conocimientos y de acción política el ejemplo de la multiplicidad de fuerzas implícitas en la construcción y el desarrollo de un cuerpo político.

Para esos años, el espíritu inquieto de aquel quinceañero que comenzó a llenar las virginales páginas de su trayectoria periodística en el diario *El Impulso* no solo se mantuvo incólume, sino que además se vio robustecido, porque tal y como reza el refrán, *el llanero es del tamaño del compromiso que le presente*. Ante aquella agitación que despertó la desazón de quien amando el servicio público se ve alejado del suelo patrio, se impregnó de mayor ímpetu la vocación creadora del antaño comunicador de las ideas e inquisidor de la realidad sociopolítica venezolana en la revista *Surcos*, en el semanario *UNE* y en el diario *El Gráfico* (Gómez, 2025). Así, el inagotable compromiso con la labor periodística, medio fundamental para interpelar y vincular, encontró una nueva encarnación en el Triángulo Informativo Europa – Las Américas (TIELA), instrumento que proyectó en el extranjero los aspectos de la política invisibilizados por la versión de la oficialidad gobernante, al tiempo que insufló ánimos a quienes abocaban sus vidas a desempeño político.

En Europa, su producción epistolar se hizo tan basta como cargada de profundidad conceptual. Cada misiva encarnó un reservorio de simbolismo e intencionalidad. Con ellas articuló y diseminó las ideas y hábitos que consideró primordiales de cara a la práctica presente y futura de la política. En medio de las limitaciones económicas trascendidas mediante la disciplina administrativa y la voluntad indómita de trabajar por el país añorado, Luis Herrera aprendió nuevos idiomas como el alemán y el inglés, así como las consecuentes bases que sustentaban las formas de pensar y hacer de las sociedades que con tales lenguas se comunican. En esos años llevó a cabo una fructífera actividad política, destacando entre esta su participación en la Conferencia Mundial de la Democracia Cristiana en París en 1957 (Aveledo, 2012). Los contactos de esa época le valieron tanto el reconocimiento de su mérito intelectual por cuenta propia como un conocimiento quirúrgico de la realidad venezolana. Y es que, mientras la clausura de ventanas de ingreso como su columna en el marabino *Panorama* aumentaron sus apremios económicos, su habilidad para el análisis y la comunicación avanzaban a través de un refinamiento y una precisión que le posicionaron entre los más destacados políticos venezolanos del momento. Esa clarividencia política se vio hecha letra a través de *Frente a 1958: materia de discusión política electoral venezolana* (Herrera, 1957 en Aveledo, 2012), documento en el que plasmó la amalgama de todo el bagaje intelectual adquirido hasta el momento con el olfato político caracterizado por un realismo que le permitió no solo efectuar un acucioso

diagnóstico de la circunstancia por venir en suelo venezolano, sino a su vez prever los posibles escenarios a desarrollarse a consecuencia del accionar de la autocracia militarista en el poder. La primavera del año 1957 vio florecer aunado a la actividad del político que genera obra escrita y del periodista innato que comunica con precisión y estilo propio, las veces ejecutivas de quien fundó junto a Guido Díaz Peña la editorial Hercamdi cuyo nombre fundía tanto los apellidos de ambos personajes como las intenciones de impulsar una voz de tonos políticos y artísticos (pp. 93, 94).

Su capacidad de aprehender las intenciones y opciones de los factores que hacen vida en una determinada coyuntura política local de la mano del egregio reservorio intelectual y de valores que le conectaban con la condición humana en sí misma en un plano global fueron una marca de fábrica que ya para la época ofreció visos certeros de un futuro político promisorio.

La experiencia como dirigente estudiantil, la prisión y el exilio, permitieron a Herrera nutrirse de vivencias que configuraron un sentido de la justicia y del deber público, al tiempo que le llevaron a canalizar la necesidad de robustecer el pensamiento, para trasmutar, a través de la palabra como acción, el desconocimiento en formación, la amorfia política en estructura y la voluntad en hechos.

El nacimiento y consolidación del período democrático

Vuelve a Venezuela en 1958, tras la experiencia del exilio y de diversos pasos por la prisión, entre ellos aquel de 1949 cuando fue recluido a consecuencia de un artículo de su autoría publicado en El Gráfico (Aveledo, 2012, p. 111), medio en el cual, acompañado de su ya distintiva marca de periodista político incisivo y perspicaz, ejerció la jefatura de la redacción. En aquel país de anhelos democráticos, pasó a formar parte de la Comisión Electoral de COPEI, ello, en el marco de la VII Convención del partido, la cual, además le reincorporó al Comité Nacional (p.113). En esos días de intensa acción política, su labor en defensa de los compromisos asumidos por su agrupación en el Pacto de Puntofijo, reflejó una vez más la convicción democrática y de servicio público del nativo de las llanuras nacionales.

Para Herrera, las oportunidades de ejercer cargos de elección popular o puestos para la labor periodística fueron escenarios en los que desplegó a través del ejemplo propio todos los valores que su palabra profesaba. Iniciado el periodo democrático signado por la separación de poderes, su jefatura en la fracción parlamentaria aquel 1961 y su preferencia de decantarse por la Cámara Baja del Congreso tras ser electo diputado por Lara y senador por Portuguesa en 1963, no solo dieron fe de su interés en el intercambio de ideas y su pasión por el dinamismo político (p.114), sino también de su entendimiento del rol de la comunicación en la política. Derivada como resultó de tal concepción, la trilogía prensa, parlamento y población se convirtió en un leitmotiv que acaparó perennemente su atención.

Llegado el segundo periodo presidencial de la naciente democracia venezolana, con el paso de COPEI al sitio de oposición autónoma durante la Administración Leoni, Herrera ofreció nuevas aristas de su visión política, ahora dirigidas a la responsabilidad que recayó en su agrupación política tras su breve paso por el poder. Dichas reflexiones fueron fruto del conocimiento directo del manejo del aparataje estatal, pero también de la naciente relevancia de encarnar un cuerpo político que se posicionase por cuenta propia en defensa de la institucionalidad y de los intereses nacionales y no de la propia razón de partido.

Para el político llanero, amante de la cultura, la labor partidista no se remitió al mero seguimiento de instrucciones superiores, sino que fue cargada de sentido a través de una ingente actividad organizativa y creadora. La década transcurrida del 61 al 71 ejemplifican la mentada descripción. Desde su producción teórica-política con el folleto *Normas Elementales de Penetración Política* (1961) y su reiterada actividad para consolidar la estructura copeyana en los llanos y en el estado Lara hasta su escritura como articulista para periódicos como *El Universal* reflejaron su visión vinculante, transparente y comprometida de la política. Ellas fueron el complemento de una labor parlamentaria con la que Herrera puso su pensamiento y escritura al servicio del fortalecimiento democrático.

Como un hombre político a cabalidad cuyo conocimiento se nutrió de historia, arte, ideología y contacto con la gente, Luis Herrera se posicionó como un referente en sí mismo de COPEI. Con formas e inquietudes que divergieron de las de la máxima figura partidista, Rafael Caldera, los modos propios de la política partidista no tardaron en asignar tendencias bajo adjetivaciones formuladas con base en los apellidos de cada líder. Empero, la conducta

respetuosa y el trabajo arduo y constante fueron los que signaron una caracterización propia al oriundo de Acarigua, especialmente por su sempiterna intención de contribuir al robustecimiento del partido, al fortalecimiento de la propuesta ideológica, a la profundización del contacto con la gente y al mejoramiento de la democracia como forma de gobierno. Los resultados para él adversos de la convención copeyana de 1973 y su respuesta sanadora y dialogante ante las secuelas internas que el proceso electoral dejó en la tolda verde fueron testimonio vivo de aquella empresa constructiva.

Tras la derrota de Lorenzo Fernández en las elecciones presidenciales de 1973, Herrera se comprometió a ser "el campeón del retorno" (Aveledo, p.124). Dicha frase, lejos de resultar un mero slogan baladí, encarnó metafóricamente la historia política y personal del líder copeyano. Con una importante experiencia organizativa como estudiante y como militante partidista, con una reconocida oratoria puesta al servicio del avance de la democracia cristiana en el Parlamento y con una redacción capaz de poner en evidencia realidades y necesidades, Luis Herrera decidió emprender rumbo hacia la jefatura del Estado. Su conocimiento profundo de la violencia como "iniciativa que tiene por objeto comprometer gravemente la libertad de los demás (...) por medio de la coacción sobre la libertad de reflexión, de criterio y de decisión" (Herrera et al., 1976, p. 32) y de la política y la historia de Venezuela, "El único país con una experiencia de cambio de inspiración social cristiana" (p.43) en la América Latina, le impulsaron en un camino hacia la transformación del rol del Estado en la vida de la nación.

Tras un periodo presidencial de transformaciones en el imaginario colectivo y en el modo en el que el país se proyectó internacionalmente, Herrera protagonizó junto a Luis Piñerúa una contienda electoral plagada de detalles e innovaciones propias de la mercadotecnia política en el país, pero sin perder la gracia y el encanto de la cultura popular, como lo reflejó *El Brujo* (Orquesta Billos Caracas Boys, Canal de YouTube 2015).

Periodismo y parlamentarismo. Los prolegómenos a la Presidencia.

Desde sus años escolares le acompañó la pasión por argumentar y comunicar mediante palabras el porqué de sus posiciones y la razón de ser de sus perspectivas frente a la realidad que le rodeaba. Surcos en el Colegio La Salle, Vanguardia en el movimiento apostólico juvenil, El Impulso en Lara y El Globo en Caracas fueron medios de su

expresión diáfana y efervescente previo a su salida del país. Su columna Palenque en Panorama dio muestras de su fervor por la dignidad, la fortaleza y la libertad de la actividad periodística. Como un canal para analizar y conectar la política con la gente, el periodismo siempre le resultó una vía inherente a la responsabilidad y al compromiso público. Así lo expuso en múltiples oportunidades, destacando entre ellas aquella del 23 de septiembre de 1959, cuando en los albores del intento democratizador posterior a Pérez Jiménez no dudó en aseverar que el medio escrito tenía que "ayudar a ganar la batalla de la consolidación de la democracia" (Palenque en Aveledo, 2012, p.144), desafío para el cual esta debía alejarse del facilísimo sensacionalista y del desprestigio indirecto de la institucionalidad que las ansias de producción de centimetrage podían acarrear.

En su impetuosa juventud, Luis Herrera atisbó la necesidad de un periodismo comprometido con el país y su gente, tal y como lo expresó en su artículo El Periodista y su Función Social para el semanario UNE (UNE, 1942, en Aveledo 2012, p.145). Estudiar, denunciar, reclamar, con esa trilogía de verbos Herrera visibilizó el perentorio rol de los crónicos nacionales. Su columna Valores Ignorados fue además un espacio para el reconocimiento de lo positivo y un espacio de maduración para un talento propio impregnado de consciencia y de compromiso por el futuro del país. Para él, la actividad periodística se transformó en un apostolado perenne. Con 18 años, su paso como delegado por el Primer Congreso Venezolano de Periodistas, evidenció su inquietud por extender la actividad comunicativa a las regiones del país (Aveledo, p. 145) para superar el centralismo circunscrito a la ciudad capital. Y es que, para Herrera, lo político y lo social se presentaron como ámbitos que requerían de una atención periodística urgente en toda la geografía nacional.

Lejos de denotar candidez o idealismos irrealizables, la escritura de tal época demostraba un entendimiento profundo y un tono picarezo. Dichas características le valieron progresivos ascensos desde el puesto de escritor de Pura Verdad en UNE en 1942 hasta el de director en 1944, pasando previamente por el consejo de redacción del semanario en cuestión (Aveledo, p.148). La intensidad de su expresión le valió además la oportunidad de escribir para La Opinión, La Esfera y la revista Élite entre 1943 y 1945. Con la naciente efervescencia propia del Trienio Adecó, sus análisis encontraron territorio

fecundo y espacio para la difusión en *El Gráfico*, donde laboró como redactor y cronista parlamentario. Entre 1947 y 1948, últimos dos años de este período de la historia política venezolana, su peculiar escritura se vio proyectada bajo el seudónimo Chirel (p.149).

Crítico y siempre apegado a los valores trascendentes y a las necesidades nacionales, Herrera no dudó en cuestionar públicamente a quienes se encontraban en el poder en los momentos más álgidos de la Venezuela posterior a 1948. Su artículo *El Mérito de una Revolución Traicionada* sobre la Revolución de Octubre y su detención en marzo de 1949 demuestran cómo en contextos disímiles, su voz permaneció firme.

Esa incansable labor le llevó a destinos diversos. En ese 1949 participó en la V Asamblea de la Sociedad Interamericana de Prensa en Ecuador, en donde denunció las restricciones a la libertad de expresión en Venezuela. En años venideros, sus trabajos periodísticos encontraron cabida en la revista *Signo* y, tras el exilio, la prenombrada etapa de *Panorama* y *TIELA* signó su producción. Como muestra de un oficio que le acompañó inseparablemente, su voluntad de manifestarse a través de la escritura encontró espacio en *Excélsior* de México y *El Espectador* de Colombia.

La vuelta a Venezuela también tuvo una relación especial con la actividad periodística. La oportunidad de canalizar a través de la palabra escrita el aprendizaje y el análisis constante durante el exilio no solo le brindó estructura y coherencia, sino también un estilo propio y una intención comprometida con sus ideales. La revista *Raíz* así lo ejemplificó. Con ella busco generar un espacio doctrinario "contra la mentira, la explotación y la injusticia" (Herrera en Aveledo 2012, p.152).

Últimas Noticias y Momentos también fueron espacios para el desarrollo de su actividad periodística. Desde el año 1964, pasó a formar parte del robusto cuerpo de escritores que participaron en las columnas de opinión de *El Nacional* y una década después haría lo propio con *Pueblo Unido*.

Tras 1948, su responsabilidad de proyectar la realidad sociopolítica mediante el periodismo fue acompañada por el compromiso político, partidista y doctrinario implícito en la representación parlamentaria. Por sus habilidades con la palabra y su experiencia profesional, las aguas políticas le resultaron especialmente fructíferas. Ese era el escenario

por antonomasia para el contraste de las ideas y la discusión sobre el presente y el futuro político del país. Así, al tránsito inicial por la Asamblea Legislativa de Portuguesa, interrumpida por el golpe de Estado de 1948, le siguió, tras su exilio, el paso por la Cámara Baja del Congreso en 1958. En esa oportunidad, Herrera nutrió y robusteció con su verbo las comisiones de Política Interior y de Política Exterior (Aveledo, p. 162). Para 1961, en el fervor de intensas discusiones políticas y crecientes amenazas para el sistema democrático, pasa a ser elegido jefe de la fracción de COPEI.

Con sus participaciones parlamentarias, Herrera, conocedor de la labor de gobierno y de la realidad de la calle, impregnó de picardía los debates, desplegando una inconfundible mezcla de refinamiento cultural universal y parroquialismos que denotaban su profundo conocimiento de la raigambre nacional. Cumplidos los compromisos adquiridos por su partido durante los albores de la democracia venezolana a través del Pacto de Puntofijo, el paso natural a un rol abiertamente opositor se hizo ineluctable. Con este, las intervenciones de quien decidió decantarse nuevamente por la Cámara Baja en lugar del Senado, dónde fue electo también, pero por Portuguesa, no solo le valdrían el respeto de su fracción de la que sería electo jefe de nuevo, sino también el de sus colegas parlamentarios.

Sátiras, citas literarias, refranes y comentarios jocosos sobre la cotidianidad del país impregnaron su palabra de audacia y simpatía, al tiempo que otorgaron un cierto sentido eufemístico a la hora de emitir un posicionamiento que pudiese resultar difícil de escuchar para quienes desde otras posturas ideológicas hacían vida en el Parlamento. Su particular manejo del lenguaje le permitió exponer contradicciones políticas, capitalizar descontentos y delinear desde una proyección del deber ser tanto conductas particulares como institucionales (Aveledo, 2024, Tomos I y II). Así lo demostró en el debate para la renovación de las directivas del Congreso durante aquel marzo de 1966 cuando en un contexto que definió de espectáculo de discordia, anarquía, incompreensión, intransigencia, intolerancia y confusión, recordó a los miembros del Poder Legislativo que el porvenir nacional no pertenecía a aquellos que "lleen el camino de sombras por las cuales pueda el pueblo extraviarse; sino de quienes representan una luz para que el pueblo encuentre el rumbo acertado que lo coloque definitivamente en su rango de motor de la historia"

(Herrera 1966 en Aveledo 2024, Tomo II, p.436). 259 jornadas parlamentarias transcurrieron entre aquella inicial del 27 de enero de 1959 cuando respondió a Eloy Torres en la discusión sobre el desempleo en Venezuela y la del 8 de julio de 1978 cuando su voz se hizo escuchar en la discusión del proyecto de la Ley del Servicio Militar (Aveledo, 2024, Tomo I, pp. 53-60). Siempre crítico del personalismo y fiel a la necesidad de entenderse en las diferencias, de respetarse en medio de la pugnacidad y de reivindicar el rol del Parlamento en el imaginario popular (p.46), Herrera fue, sin lugar a dudas, un personaje en el que prédica y acción confluían de manera cónsona. Fue precisamente esa solvencia moral y ese ejemplo tallado a fuerza de acciones cotidianas los que le valieron un puesto propio y la delegación del estandarte verde para aspirar a la Presidencia de la República.

Miraflores: Ida y vuelta

El 12 de marzo de 1979, entre honores militares, mandatarios invitados, miembros de la clase política local y autoridades nacionales, Luis Herrera Campíns asumió la Presidencia de la República en un Palacio Federal Legislativo rodeado de miembros de la población que proclamaron sus loas al nuevo mandatario. Enfatizando en el necesario coraje para marchar hacia la transformación profunda de la realidad social (Besubio1986, Canal de YouTube, 2024), Herrera propuso una gestión sustentada en la proyección, el dinamismo, la consulta y el diálogo. Para el experimentado político, la democracia, como escenario que sintetizase la diversidad, ameritaba del entendimiento del idealismo realista y del realismo idealista que caracterizaba su visión, así como de la perentoria austeridad y la vuelta a la sencillez vivencial para poner coto a la prodigalidad desmesurada que signaba para entonces al gasto público. Recapitulando el desempeño de la Administración Pérez, el mandatario de reciente asunción no vaciló en aseverar que recibía una economía desajustada y una Venezuela hipotecada (*Ib.*). Empero, también reconoció que el señalamiento de dicha realidad lejos de representar una concesión al pesimismo, implicaba la visibilización de un reto a enfrentar y superar.

Con su primer discurso, Herrera esbozó las líneas a las que su administración aspiraba. Recalcando la importancia de la gestión estatal para la recuperación de la senda del crecimiento y la inclusión, el segundo jefe de Estado copeyano resaltó frente a las empresas débiles de empresarios poderosos y a las industrias al borde de la quiebra de

empresarios opulentos, su aspiración a materializar un Estado promotor. Este, más allá del despliegue de recursos financieros, encarnaba la intención de implementar la educación como proceso continuo de mejoramiento de las personas para que, desarrollando estas sus potencialidades y vocaciones, pudiesen transformar sus vidas y que así muchos pudiesen ganar mucho (Besubio1986, Canal de YouTube, 2024). Libertad de expresión, derecho a la información, cupos para los bachilleres, promoción de la cultura y desarrollo de las potencialidades fueron algunas de las bases que Herrera apuntaló para preparar a las mayorías de cara a la competencia.

Dispuesto a colaborar con todos los credos, el ahora Presidente Constitucional de la República manifestó su fervor por impulsar las potencialidades del alma nacional, agarrando la vitalidad venezolana y lanzándola “por las dificultades del estudio de la contagiosa laboriosidad de la innovación, de la adopción de hábitos positivos y del despliegue incesante de la imaginación” (Besubio1986, Canal de YouTube, 2024). Y es que, para Herrera, Venezuela debía pasar a ser conocida como una nación de “trabajo, esfuerzo y disciplina antes que como un país que se bebe a chorros el whisky y el petróleo” (*Ib.*). Sin embargo, recordando que largas resultan las distancias entre las añoranzas y las consecuciones, porque en el escenario de la acción, los deseos no resultan condición suficiente para hacerse realidad por sí mismos, se hace menester abordar los contrastes del primer día con las páginas de los años que siguieron.

Adentrado en las labores de gobierno, espacio signado por la necesidad de navegar las aguas de los juegos de poder tal como en el ámbito del Legislativo, pero con otra perspectiva en el marco de la razón de ser y, otra práctica en cuanto a la cultura política venezolana, Herrera experimentó como nunca la veracidad de ese trozo de sabiduría popular hecho copla que tanto disfrutaba y por la que sus contemporáneos comúnmente le recordaban: "Dibujar una paloma/es de gran facilidad/ abrirle el pico y que coma/ esa es la dificultad" (Aveledo, 2012, p.194). Así, fue en el principal sitio del Ejecutivo que vivió en su máxima expresión la necesidad de amalgamar la virtud que acompañó la puesta en escena de sus cualidades morales con la *virtú* renacentista con la que el hombre político enfrenta a la diosa Fortuna para hacer que esta le favorezca.

En un ir y venir constante entre la realidad posible y la realidad deseable, el entonces encargado de presidir la República se abocó a la empresa de consolidar el Estado promotor. Con este, "Distinto al Estado Liberal que observa sin actuar. Distinto al Estado Intervencionista del totalitarismo fascista o del totalitarismo marxista comunista" (Aveledo, 2012, p.194) procuró como fin principal estimular el accionar individual y colectivo mediante asociaciones y comunidades. Acompañada como resultó de acciones concretas, esta intención se desplegó de la mano de ingentes esfuerzos por mejorar la educación tanto a través del sistema formal como de incentivos artísticos y culturales.

La creación del Ministerio de Estado para el Desarrollo de la Inteligencia, presidido por el Dr. Luis Alberto Machado, autor de *La Revolución de la Inteligencia* y de *Él Derecho a Ser Inteligente* fue un hito sin precedentes en materia de reconocimiento de la persona como centro de la acción transformadora en un Estado-nación y de atención a la brecha educativa que separaba al país del pedestal de los sistemas políticos más avezados. Con un cambio retórico que se deslindaba de la dinámica del pobrecito, del poco a poco y del lastre del loro viejo que no aprende hablar, el ministerio liderado por "el loco", como era apodado Machado de manera peyorativa y develadora de la cultura de algunos miembros de la clase política de entonces, representó un pilar de gran simbolismo ante la articulación de un sistema que proyectase a Venezuela como potencia en el futuro próximo. El nombramiento de Mercedes Pulido de Briceño en el Ministerio de Estado para la Participación de la Mujer en el Desarrollo también dio muestras del reconocimiento integrador de Herrera, en ese caso de la mujer en las inquietudes del gobierno.

Como un humanista de dimensiones universales, Herrera siempre apuntó con su política interna y externa a la defensa de los derechos de las personas, a la consolidación de la democracia y al respeto de las instituciones y de las naciones allende su posicionamiento y su impronta en el orden global. Su diplomacia activa, su impulso a las instancias regionales y su arduo trabajo en materia de integración, de promoción de la paz y de fortalecimiento de la industria petrolera se vieron reflejados en el Acuerdo de San José, en el Grupo de los 77 y en el impulso a los institutos Bolívar y Bello, así como en su empresa de apoyo irrevocable a la consolidación de Centroamérica como espacio pacífico y democrático. Puertas adentro, los costos políticos nunca fueron obstáculo para demostrar su

talante moral y su compromiso con la sociedad, tal y como se evidenció cuando prohibió las publicidades audiovisuales de tabacos y bebidas alcohólicas.

Sin pretensiones de reducir las obras y acciones del Estado a la mera figura presidencial, es menester destacar las consecuciones que ante este particular tuvo la Administración Herrera en aras de que, ante la normalización del transitar cotidiano ocupado en otros tópicos, estas caigan en el renglón de cosas que por conocidas se callan y por calladas se olvidan. Así, la inauguración del Metro de Caracas, del Teatro Teresa Carreño, del Museo de los Niños, del edificio del Ministerio de Educación, del Ateneo de Caracas y de las Torres de Parque Central; la construcción de la Biblioteca Nacional, del edificio de la Corte Suprema de Justicia y del parque Naciones Unidas; la renovación del boulevard de Sabana Grande y de Catia; la ampliación del Museo de Arte Contemporáneo y de la red de centros de atención del IVSS; el aumento de la capacidad eléctrica instalada; el cambio en el patrón de refinación que permitió un aumento en la capacidad de procesamiento de crudos pesados y en la producción de gasolina; las remodelaciones y ampliaciones en aeropuertos tales como San Tomé (Anzoátegui), Las Flecheras (Apure) y Barinas (Barinas), la aducción submarina a Margarita; la construcción de polideportivos en Valle de la Pascua (Guárico), Porlamar (Nueva Esparta), La Fría (Táchira), San Cristóbal (Táchira), Los Criollitos (Bolívar); la creación y el mejoramiento de estadios tales como el Cuatricentenario de Barinas (Barinas), el Simón Chávez (Bolívar), el de El Callao (Bolívar), el de Montalbán, el Sierra Maestra, el olímpico y el de béisbol de la UCV, además del Brígido Iriarte (Caracas), el de Mampote y el de Palo Verde (Miranda); la creación de nueve nuevos muelles en Puerto Cabello (Carabobo) y uno en Guanta (Anzoátegui); las celebraciones del Año Bicentenario del Libertador; la adquisición de los F-16 para la modernización de la Fuerza Armada; el impulso al desarrollo de la Faja del Orinoco; la ampliación de la estructura educativa; las 164.366 viviendas construidas por el sector público; y, los más de treientos viajes por el país fueron, acciones ejecutadas por su gobierno (Aveledo, 2012; luisherreracampins.com/obras_estados/, 2025). Sin embargo, más allá de la asunción de responsabilidades por su gestión (Aveledo, 2012; Herrera, 1980-84), del ligero superávit legado en las cuentas fiscales y de la tasa de inflación del 6.3%, menor que la de 8,2% dejada por la Administración Pérez, la huella de su gestión económica marcó imborrablemente el imaginario colectivo, especialmente tras el Viernes Negro.

La Administración Herrera nos ha legado profundas enseñanzas en materia de acción política. De esas que no se ven necesariamente en la cotidianidad de la calle o en la transfiguración retórica de quienes pretenden labrar un camino hacia el poder, pero que están presentes entre pasillos y que revelan el lado humano de quien encarna la conducción del Estado y la unidad de la nación. Como un hombre cualquiera, los sesgos de la confianza y el cariño jugaron un rol importante a la hora de atender ante reclamos y denuncias palaciegas sobre la conducta de miembros de su gabinete. La honorabilidad y la carga de sus convicciones, cuentan sus allegados, siempre le hicieron dudar de cualquier hecho efectuado por otros que se alejase de esa virtud que le caracterizaba a él mismo. Paradójicamente, entre tantas complejidades, la confianza desmesurada da muestras del impacto ineluctable de las figuras públicas en el cuerpo nacional, al tiempo que sigue recordando el peligro de las solidaridades automáticas. Y es que, si el fin ulterior es la República, la lealtad y el respeto a las leyes, así como la austeridad y la decencia, han de permanecer omnipresentes para un efectivo equilibrio republicano, especialmente frente a la tendencia de los venezolanos “a olvidar con demasiada rapidez” (Herrera, 1979).

De La Casona a La Herrereña. La conclusión que ha habilitado un nuevo porvenir.

Con la finalización de su período presidencial, Luis Herrera volvió a su casa en Sebucán. El sitio de senador vitalicio, la Secretaría General de la Internacional Demócrata Cristiana (Aveledo, 2012), la fundación de Voz y Caminos (Voz y Caminos, 1984-1990) y el posterior intento de reestructuración de COPEI hacia las postrimerías del siglo XX (Aveledo, 2012), dieron muestra de su pasión por el servicio público, de su compromiso ideológico y de su vocación periodística. Si bien su imposibilidad de alcanzar las metas económicas trazadas fue una marca que descompensó la justa valoración de un gobernante con un valor moral tan poco común, su conducta siempre intachable y su palabra predicada con ejemplos, hoy lo posicionan como referente de aquellos desempeños que, quizás, ante la obnubilación de un país ávido de cambios, no lograron apreciarse. Decente, humilde, sensible, educado, austero, trabajador, amante del país, de su cultura y de su gente. Luis Herrera Campíns fue, es y será, un adalid de la memoria republicana y una inspiración para los encargados de hacer del presente un mejor pasado para el futuro.

Referencias

Aveledo, R. (2012). *El llanero solidario. Verdades ignoradas sobre Luis Herrera Campíns y su tiempo*. Editorial Libros Marcados.

Aveledo, R. (2024). *Luis Herrera Campíns, vida parlamentaria. Concepto, selección y Estudio Introductorio. Tomo I*. Colección La República de Todos, Segunda Etapa.

Aveledo, R. (2024). *Luis Herrera Campíns, vida parlamentaria. Concepto, selección y Estudio Introductorio. Tomo II*. Colección La República de Todos, Segunda Etapa.

Besubio1986. (2024). *Toma de Posesión del Presidente Luis Herrera Campíns* [Video].

YouTube. https://www.youtube.com/watch?v=zJ5g_SsBlpY

Comisión Centenario Luis Herrera Campíns (2025). *Obras_Estados*.

Luisherreracampins.com. https://luisherreracampins.com/obras_estados/

Herrera, L.; Barbeito, J.; Posanti, A.; Smiley, G.; Cardón, J.; Batista, L.; Cálvez, P.; Prakash, S.; y Aguilera, G. (1976). *Violencia y política*. Monte Ávila Editores.

Herrera, L. (1979), *Palenque. Retrospectiva de un compromiso con Venezuela. Tomo I*. Fondo Editoriales IRFES.

Herrera, L. (1980). *Primer Mensaje al Congreso de la República. 12 de marzo de 1980*.

Alocución Presidencial, Resumen Parte I. Documento PDF. Disponible en: https://luisherreracampins.com/wp-content/uploads/2025/07/1er_Mensaje_Congreso_12_03_80.pdf

Herrera, L. (1981). *Segundo Mensaje al Congreso de la República. 12 de marzo de 1981.*

Alocución Presidencial, Resumen Parte I. Documento PDF. Disponible en:
https://luisherreracampins.com/wp-content/uploads/2025/07/2do_Mensaje_Congreso_12_03_81.pdf

Herrera, L. (1982). *Tercer Mensaje al Congreso de la República. 12 de marzo de 1982.*

Alocución Presidencial, Resumen. Anexos I. Documento PDF. Disponible en:
https://luisherreracampins.com/wp-content/uploads/2025/07/3er_Mensaje_Congreso_12_03_82.pdf

Herrera, L. (1983). *Cuarto Mensaje al Congreso de la República. 10 de marzo de 1983.*

Alocución Presidencial, Resumen. Anexos I. Documento PDF. Disponible en:
https://luisherreracampins.com/wp-content/uploads/2025/07/4to_Mensaje_Congreso_10_03_83.pdf

Herrera, L. (1984). *Cuarto Mensaje al Congreso de la República. 26 de enero de 1984.*

Alocución Presidencial, Resumen. Anexos I. Documento PDF. Disponible en:
https://luisherreracampins.com/wp-content/uploads/2025/07/5to_Mensaje_Congreso_26_01_84.pdf

Herrera, L. (1984). *Voz y Caminos.* Documento PDF. Disponible en:

https://luisherreracampins.com/wp-content/uploads/2025/09/VOZ_Y_CAMINOS_1984.pdf

Herrera, L. (1985). *Voz y Caminos.* Documento PDF. Disponible en:

https://luisherreracampins.com/wp-content/uploads/2025/09/VOZ_Y_CAMINOS_1985.pdf

Herrera, L. (1986). *Voz y Caminos*. Documento PDF. Disponible en:

https://luisherreracampins.com/wp-content/uploads/2025/09/VOZ_Y_CAMINOS_1986.pdf

Herrera, L. (1987). *Voz y Caminos*. Documento PDF. Disponible en:

https://luisherreracampins.com/wp-content/uploads/2025/09/VOZ_Y_CAMINOS_1987.pdf

Herrera, L. (1988). *Voz y Caminos*. Documento PDF. Disponible en:

https://luisherreracampins.com/wp-content/uploads/2025/09/VOZ_Y_CAMINOS_1988.pdf

Herrera, L. (1989). *Voz y Caminos*. Documento PDF. Disponible en:

https://luisherreracampins.com/wp-content/uploads/2025/09/VOZ_Y_CAMINOS_1989.pdf

Herrera, L. (1990). *Voz y Caminos*. Documento PDF. Disponible en:

https://luisherreracampins.com/wp-content/uploads/2025/09/VOZ_Y_CAMINOS_1990.pdf

Machado, L. (1975). *La revolución de la inteligencia*. Seix Barral.

Machado, L. (1978). *El derecho a ser inteligente*. Seix Barral.

Orquesta Billos Caracas Boys. (2015). *El Brujo* [Video]. YouTube.

https://www.youtube.com/watch?v=q00vQsA-UqI&list=RDq00vQsA-UqI&start_radio=1